

PUEBLOS ORIGINARIOS
○
PUEBLOS ANAHUACAS



Luz y Guillermo Marín



Si niego tu nombre propio, no existes y entonces te descubro y te nombro indio, por los siglos de los siglos.

Desde el inicio de la invasión europea el representante de los banqueros y comerciantes europeos, Cristóbal Colón, al firmar las Capitulaciones de Santa Fe, el 17 de abril de 1492, se comprometía a llegar a la India, en una nueva ruta comercial, y la corona de Castilla, por su parte, les prometía grandes ganancias y comisiones a los inversionistas a través de su representante Colón. Esto explica la razón por la cual Colón, cuando desembarcó llamó indios a los habitantes de las islas del Caribe. Cabe mencionar que finalmente la corona le retiró todas las concesiones otorgadas a Colón y sus socios comerciales, porque no llegó a la India. Pero esa es “otra historia”.

Nunca se tomó en cuenta el nombre que los “descubiertos” le daban a su tierra, aunque los primeros escritos del siglo XVI, como son los de Hernán Cortés o Bernardino de Sahagún, claramente afirman que estas tierras eran el Anáhuac y sus habitantes eran anahuacas. Desde una perspectiva crítica, los europeos nunca “descubrieron a los otros”, lo que hicieron fue, subsumirlos en su mundo conocido, la India.

Muchos siglos antes de que existiera España, estas tierras, sus pueblos y culturas, se reconocían en la lengua franca, que era el náhuatl, como anahuacas y llamaban Anahuac a su civilización. Los invasores inmediatamente desconocieron a los descubiertos, primeramente, porque asumieron que no eran seres humanos, porque según Colón, no tenían alma. Tuvieron que ir a un juicio en Valladolid en 1550, entre Sepúlveda y las Casas, para demostrar que los descubiertos si eran seres humanos.



Posteriormente, ya entrada la colonización, los invasores nunca estuvieron interesados en conocer “al otro”, su afán, era dominarlos, avasallarlos y explotarlos. La obra de Sahagún era, dicho por él, en el prólogo, para conocer las supercherías y tratos

demoniacos de los descubiertos, para que no fueran engañados los nuevos religiosos que llegaran a cristianizar y castellanizarlos.

A través de estos cinco siglos, tres de colonia de gachupines y dos de neocolonia de los criollos, los extranjeros han pretendido desaparecer a la civilización ancestral del Anahuac. Esto es uno de los crímenes más grandes de lesa humanidad de la historia. Es tanto como pretender desaparecer las civilizaciones de India y China, pretendiendo reducir su existencia a partir de la colonización europea. Lo mismo es para la civilización del Anahuac, con cinco siglos de negación y pretendida destrucción.

La neocolonización pretende argumentar, que “el encuentro de dos mundos”, es decir, la violenta e injustificada invasión, genocidio y epistemicidio, han sido un heroico hecho humanista y civilizador, sustentando que, los descubiertos, eran salvajes, primitivos, idólatras y violentos.

Este es el argumento básico, para negar la existencia a uno de los proyectos humanos más importantes de gran envergadura y largo

alimento, el cual les proporcionó a sus habitantes los más altos niveles de desarrollo humano del mundo antiguo, porque todos los pueblos accedieron a los conocimientos de la Toltecayotl, para mejorar la alimentación, la salud, la educación y la organización, basados en los principios de una matriz de conocimiento para todos y con ello lograr, la unidad en la diversidad.



El reconocimiento público, político, académico e histórico, no solo de la existencia en el pasado de la civilización del Anahuac, sino de su presencia actual en los pueblos y culturas del “México imaginario”. Para la ideología criolla de las élites del poder económico, político y cultural, con la caída de Tenochtitlán y la derrota de los aztecas, el México prehispánico

acabó el 13 de agosto de 1521, y se abrió un nuevo tiempo y espacio en donde se creó, con el periodo colonial, las bases de lo que, en 1824, será la nación mexicana.

Los nueve mil quinientos años de historia de la civilización del Anahuac, quedarán reducidos a los 196 años de la existencia de Tenochtitlán y el supuesto imperio azteca, que fue derrotado por un puñado de valerosos y aguerridos españoles, que, gracias a la superioridad militar y cultural, pudieron liberar a los pueblos sojuzgados por el brutal imperialismo mexica. El Estado mexicano encontrará “sus más remotos y ancestrales orígenes prehispánicos” en la cultura mexica. De las ruinas de la ciudad imperial surgirá la noble Ciudad de México, capital del Virreinato de la Nueva España y hoy, capital de la República Mexicana.

Por estas razones, la ideología criolla, no permite que se reconozca la existencia “del otro”, como ser humano, poseedor de una alta civilización y con avances sobresalientes comparados con la sociedad europea venida de diez siglos de oscurantismo de la Edad Media. Los descubiertos hace cinco siglos, deben seguir siendo tomados como “indios salvajes, violentos y primitivos”, a los que se les debe de civilizar

y pacificar. Lo que justifica las represiones, tuteladas, castellanización, modernización y progreso, que se traducen en la realidad, en la destrucción de su cultura ancestral.



La cultura dominante no los puede nombrar por su nombre propio, por lo que han sido a lo largo de miles de años, por sus logros civilizatorios, porque esto, implicaría su reconocimiento como iguales. El punto medular de la colonización ha sido desposeer al invadido de su identidad, pero, sobre todo, de su calidad humana. Si ya no se les llama indios oficialmente, se les llama indígenas y recientemente, de manera menos agresiva y “civilizada”, se les llama con eufemismo “pueblos originarios”, pero jamás se permitirá llamarlos con su nombre propio y verdadero, anahuacas. Para la cultura dominante Anahuac es solo un mito, pre América estuvo esperando miles de años a ser descubierta, conquistada, civilizada y cristianizada.

El negarles su identidad y su trascendencia histórica, permite seguir cometiendo los abusos e injusticias que, desde el siglo XVI, hasta nuestros días se hacen. Si no son anahuacas, pertenecientes y herederos legítimos de una de las seis civilizaciones más antiguas de la humanidad, no son nada ni nadie. Son pueblos atrasados, ignorantes, que nada aportan al “México imaginario” y que muchas personas como

Gabriel Quadri o el Lorenzo Córdova, piensan que debería excluirse del país por ser un lastre.

Nombrar a los descendientes directos de la civilización ancestral de este país, con el epíteto de indios, es seguirlos identificando con el racismo colonial y al llamarlos “pueblos originarios”, es mantenerlos en la exclusión, solo que con mayor hipocresía política neocolonial. Negarles su nombre, es negarles su existencia milenaria y su inmenso legado cultural. Es negarles y escamotearles sus derechos ancestrales de existencia, porque, el principio en materia de Derecho dicta que, “lo primero en tiempo es primero en derecho”.



Al negar la civilización del Anahuac, se mantiene el mito de que los nativos eran salvajes y primitivos. Se pretende encubrir el más grande epistemicidio de la historia humana. Los pueblos y culturas europeas no lo hicieron con Egipto, Mesopotamia, China o India, las civilizaciones de estos países se reconocen, no solo como existentes en la

actualidad, sino se reconoce también sus aportes al mundo moderno; pero cuando se trata de hablar de la civilización del Anáhuac, se sigue afirmando que eran ignorantes y atrasados, razón por la cual fueron conquistados.

No se reconoce que la civilización del Anahuac creó el maíz, la milpa, la chinampa, el cero matemático, la primera matriz de cálculo o calculadora, el invento del calendario más exacto de la humanidad, que no usaron la moneda ni la propiedad privada, que poseen la democracia participativa más antigua y en funciones de la humanidad, la que instauró el primer sistema de educación obligatorio, público y gratuito, que es la civilización del mundo antiguo que construyó el mayor número de pirámides, y que, lograron un alta calidad de vida en la alimentación, la salud, la educación y la organización, para los pueblos de sus

múltiples culturas, con las que lograron por siglos, la unidad en la diversidad.

Reconocer la calidad y la dimensión de los anahuacas, obligaría a la ideología neocolonial de derrumbar sus mitos y mentiras sobre estos pueblos, que siguen vivos y vigentes en sus formas de organización, valores y principios, pero sobre todo, en la visión que tienen del mundo y la vida, que se ha mantenido en lo esencial en estos diez mil años de existencia, y que, en los últimos cinco siglos, han demostrado una poderosa fortaleza de resistencia cultural, y que, gracias a ella, han sabido sobrevivir a su muerte histórica, condenados a su desaparición por motivos económicos, políticos, pero sobre todo, de racismo y abuso impune.



Si algo tienen los herederos de la civilización del Anahuac es dignidad y fuerza para mantenerse en la adversidad y el abuso sistemático provenientes de la ideología criolla.

En este país, llamado México, creado por un puñado de españoles nacidos en España y un puñado de españoles nacidos en el Virreinato, apenas hace 199 años, sigue existiendo un sistema colonial, agazapado e hipócrita, con un férreo, pero aparentemente invisible sistema de castas. Donde los extranjeros y sus descendientes, siguen teniendo la mayor parte del control y riqueza de este país y en donde 367 familias son las poseedoras de la mayor parte de la riqueza. En el cual, han logrado sobrevivir el 10% de la población, con sus lenguas ancestrales y su cosmovisión milenaria, cierto es, en medio de las permanentes agresiones y despojos. Y en medio de estos dos polos sociales, se encuentran decenas de millones de anahuacas a quienes se les ha despojado de su memoria histórica y de su identidad cultural, especialmente en los últimos cien años a través del sistema de educación del Estado y los medios masivos de desinformación. En el México imaginario no existe el mestizaje, sino la pérdida de la memoria histórica y la identidad cultural ancestral del pueblo.



Estos “anahuacas desmemoriados”, que en muchos casos han tenido que renunciar a su lengua madre, a sus tradiciones, fiestas, usos y costumbres, es decir, a la visión ancestral del mundo y la vida, y en algunos casos, han llegado a tratar de negar su color y su fenotipo, con tal de no ser rechazados y excluidos, para poder acceder a niveles más altos en el

sistema de castas. Pero que, en el fondo de su corazón, siguen siendo y sintiendo como anahuacas, especialmente en los momentos más cruciales, como cuando Tonantzin reclama desde sus adentros telúricos el regreso de su conciencia.

Finalmente diremos que, usar el eufemismo de “pueblos originarios”, es mantener “civilizadamente” la colonización de aquellos pueblos que les

niegan su identidad ancestral, su nombre y su origen. Es, además, seguir manteniendo el mito colonizador de que son pueblos atrasados y sin cultura.



Pero, sobre todo, que en el Anahuac nunca existió el epistemicidio y el genocidio.

Educayotl AC. “Educar para el futuro con la sabiduría del pasado”.